

La fructificación de las cenizas: itinerario americano del hijo de Ángela.
FRANK McCOURT, *'Tis*, Flamingo, Harper & Collins, 1999.

Frank McCourt sorprendió al mundo con un puñado de cenizas. Con *Las Cenizas de Ángela* despertó las emociones más primarias y, por ello, más poderosas de todos aquellos que acompañamos al niño y al adolescente Frank en su itinerario a través de la miseria, la sordidez de su vida con una familia, la suya, sentenciada irrevocablemente a la pobreza a causa de un padre tierno pero irredimible en su dependencia de la bebida. Tras pasar unos años en Brooklyn como inmigrantes, la familia McCourt se ve obligada a volver a su país de origen, Irlanda, con el fracaso de no haber conseguido una vida digna en Norteamérica, la tierra prometida, arrastrando consigo la pobreza y el dolor de la pérdida de la pequeña Margaret, de escasas siete semanas. Y una vez aquí, es en la occidental ciudad de Limerick donde Frank McCourt proseguirá el itinerario de esa niñez suya en un mundo de pobreza enquistada, que se agudizará hasta lo insoportable tras la marcha del padre a Inglaterra en busca de un trabajo que se traduce en abandono, el alcohol ahogando la fuerza del cariño. Ya nos prepara Frank McCourt desde el segundo párrafo:

When I look back on my childhood I wonder how I survived at all. It was, of course, a miserable childhood: the happy childhood is hardly worth your while. Worse than the ordinary miserable childhood is the miserable Irish childhood, and worse yet is the miserable Irish Catholic childhood. (*Angela's Ashes*, Harper & Collins, p.11)

¿Es acaso el McCourt de *Las Cenizas de Ángela* un Dickens del siglo veinte a la irlandesa? Algo hay sin duda de dickensiano en la representación de la infancia vulnerable y vulnerada, y también del elemento autobiográfico que nutre a su manera el drama de los personajes infantiles del escritor inglés. Ambos autores, asimismo, saben arrancar nuestra risa porque nos contagia la fuerza de su humor, aunque se muevan en el terreno de lo atroz. Pero hay en McCourt, no obstante, una inmediatez que viene en gran medida de la mano de la ausencia de melodrama, del que Dickens es consumado maestro, de la ausencia de sentimentalismo o de búsqueda de la lágrima fácil: en estos aspectos no hace el escritor irlando-americano ninguna concesión. Y el McCourt de *'Tis* sigue por el mismo camino, esta vez en Nueva York. Vuelve a despertar una vez más nuestras emociones con este segundo libro, pero igualmente sin el edulcorante del ternurismo y con la fuerza del tándem formado por la honestidad y la maestría narrativa.

Constituye *'Tis* el libro de un escritor que goza de una gran salud. No importa que sepamos que de niño padecía la presencia de costras en los ojos, costras que lleva consigo, a los diecinueve años, a América, y que le van a amargar su estancia allí durante mucho tiempo. No importa que sepamos que también lleva a América, la tierra de las dentaduras blancas, la dentadura picada que delata al pobre. McCourt muestra en su libro la salud del superviviente, la de quien sabe mirar a la cara al dolor, la del hombre a quien no cuesta imaginárselo riendo a carcajadas. Por si esto fuera poco, McCourt, a quien toda pedantería le es ajena, muestra gozar asimismo de una extraordinaria salud intelectual. No sólo es capaz de combinar el interés por Dostoievski con su trabajo de estibador en los muelles de Nueva York, su uso de la

biblioteca municipal con sus tareas de limpiador del vestíbulo del hotel Biltmore, de conseguir un título universitario en literatura sin haber cursado bachillerato, sino que además, y sintiéndolo mucho por los puristas de la cultura de Park Avenue y por todos los puristas del mundo, sabe que es exquisitamente placentero ver *Hamlet* sentado en el cine con un pastel de limón al merengue y una botella de *ginger ale*.

Al igual que *Las Cenizas de Ángela*, *'Tis* resulta un libro poderoso, además de por lo ya mencionado, por su carnalidad. McCourt nos hace paladear el proletario bocadillo de *liverwurst* que se toma a menudo con sus compañeros de los almacenes portuarios, el sexo, aunque venga a través de su mirada retrospectiva, aparece siempre como una experiencia viva y vibrante (no idealizada, quedémonos con los dos adjetivos anteriores), la música de Jazz no es música en abstracto, tiene la voz y la cara de Louis Armstrong, cuando Frank da un beso a su madre, nos hace sentir el sabor salado de su sudor.

Hay mucho más en *'Tis*. Posee el libro de McCourt el carácter documental de la buena autobiografía. De su mano vemos y vivimos ese Nueva York poblado por distintos grupos nacionales, razas, culturas, el clasismo *sui generis* de un país sin la tradición clasista europea, los prejuicios de los diversos sectores, el racismo, las deficiencias del sistema educativo. McCourt no adula a Estados Unidos, su sueño americano no transita por derroteros convencionales. Pero la crítica de McCourt nunca es moralizante, porque el escritor jamás se presenta a sí mismo como digno de tirar la primera piedra, probablemente ni siquiera una segunda o una tercera.

'Tis se inserta en la tradición del *Bildungsroman* siendo como es, y de forma totalmente compatible con esto, una narrativa de absoluta modernidad. Su crudeza, por otro lado, es coherente con la realidad que muestra. El joven McCourt, por su parte, es ese irlandés-americano tranquilo, tantas veces inseguro, que no quiere que le tomen por un recién desembarcado, es decir, un paleta inmigrante irlandés, y calla tan a menudo como a menudo nos encontramos con algo similar a "... no pregunto por miedo a que me tomen por tonto". Es capaz de sentir una solidaridad que va más allá de las fronteras de un país determinado:

I do and I care about the babies in Korea and China, in Auschwitz and Armenia, and the babies impaled on the swords of Cromwell's soldiers in Ireland. (p. 354)

contesta a sus alumnos del Stuyvesant Institute cuando éstos le preguntan si no siente pena por los niños rociados con napalm en Vietnam. Pero puede también sentir la llamada de la violencia ante la larga opresión de su pueblo irlandés, ante su propia humillación bajo el rifle de un soldado británico, en una de sus visitas a Belfast:

Still, on my way back to the hotel in a Catholic taxi, I dreamed I could easily roam Belfast with an avenging flamethrower. I'd aim it at that bastard in his red beret and reduce him to cinders. I'd pay back the Brits for the eight hundred years of tyranny. Oh, by Jesus, I'd do my bit with a fifty-calibre machine gun. (p. 358)

Hay en *'Tis* esa mezcla de poesía y naturalismo característica de la mejor tradición narrativa y dramática irlandesa, esa poesía de lo auténtico nunca sublimado que encontramos en Joyce, O'Casey o incluso en el desgarrar de Patrick McCabe en su

Butcher Boy. No es casual que al McCourt estudiante de literatura irlandesa le resulte reconfortante su descubrimiento de O'Casey, con quien puede identificarse:

He's the first Irish writer I ever read who writes about rags, dirt, hunger, babies dying. The other writers go on about farms and fairies and the mist that do be on the bog and it's a relief to discover one with bad eyes and a suffering mother. (p. 154)

'*Tis* rehuye todo trascendentalismo. Divierte la narración del primer día de clase de McCourt en el Instituto de Formación Profesional McKee, en la Isla de Staten:

And what am I supposed to do with this class, the first in my whole teaching career, students of Economic Citizenship, pelting each other with chalk, erasers, bologna sandwiches? When I walk in and place my books on the teacher's desk they'll surely stop throwing things. But they don't. They ignore me and I don't know what to do till the words come out of my mouth, the first words I ever utter as a teacher, Stop throwing sandwiches (emphasis mine). (p. 233)

Pero '*Tis* resulta ser un libro trascendente, en la medida en que son trascendentes los avatares de una vida humana, las relaciones, las vivencias familiares, el dolor o la alegría de vivir, en la medida en la que es trascendente la narración de una supervivencia: Frank McCourt consigue en América lo que no consiguieron sus padres inmigrantes irlandeses cuando estuvieron allí: un sitio digno en un lugar donde puede haber individuos decentes, pero donde existe un engranaje social despiadado. Si bien el triunfo de McCourt no es un triunfo convencional, aunque el éxito de crítica y ventas de sus dos libros tenga también esta dimensión, sí es el de quien consigue, a pesar de todas las dificultades, transitar por el camino que ha elegido. La literatura, desde ese primer libro que lleva consigo a América, *Las Obras Completas de Shakespeare*, pasando por sus años de profesor, en los que se forja como el escritor que es hoy en día, es el camino elegido por McCourt, algo de lo que tenemos que congratularnos.

McCourt hace coincidir el final de su segundo libro con el final de la vida de su madre, mas con esa ausencia de sentimentalismo que le caracteriza, escribe lo siguiente:

When your mother is dead you can't be sitting around looking mournful, recalling her virtues, receiving the condolences of friends and neighbors. You have to stand before the coffin with your brothers Malachy and Alphie and Malachy's sons, Malachy, Conor, Cormac, link arms and sing the songs your mother loved and the songs your mother hated because that's the only way you can be sure she's dead ... (p. 380)

Pero las cenizas de la madre volverán a Irlanda, donde ella quiso. Los hijos se encargan de ello. Y las últimas palabras de Frank son para ella:

We had lunch at a pub along the road to Ballinacurra and you'd never know from the way we ate and drank and laughed that we'd scattered our mother who was once a grand dancer at the Wembley Hall and known to one and all for the way she sang a good song, oh, if she could only catch her breath. (p. 385)

Si Ángela sabía cantar una buena canción, su hijo Frank sabe contar una buena historia. Una historia en dos libros que arranca y termina con Ángela. Rememorando el famoso soneto de Quevedo, jamás unas cenizas han estado tan vivas.

Beatriz Villacañas
Departamento de Filología Inglesa
Facultad de Filología
Universidad Complutense de Madrid